11901

Sassone

~~Lett~~ Vida y amor

9

HISTORIA

TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
stados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

ra, que acaba de ponerse á la venta, n amplio y fiel extracto los principales examina con imparcialidad la historia eñala sus defectos y expone con minualles lo referente á las relaciones exte-España, siendo, por tanto, de gran inteonocer de un modo exacto el aspecto o de la cuestión cubana.
o en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

AJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la dias del Tribunal Supremo de Justicia, robación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

LIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publiesta sociedad, de que se hallan la maagotados.
ublicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

n hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA.

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

A la inteligente y simpática actriz Guadalupe Mendizabal, felicitándola y sintiendo á la vez porque no figura en el reparto, y no diciéndole la mar de cosas .... por miedo á su marido.

Felipe Sassone.

VIDA Y AMOR

Madrid y abril 900.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

VIDA Y AMOR

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

FELIPE SASSONE

Estrenada en Lima el 8 de Julio de 1909, y en Madrid en el Coliseo Imperial el 18 de Marzo de 1910

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1910

Al gran temperamento artístico de Amalia Alonso Colom, primera intérprete en América de esta obra que nació por ella y para ella, con toda mi gratitud y todo mi cariño.

Felipe Sassone.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD	Srta. Asquerino.
DOÑA MARÍA	Sra. Santoncha.
AMA ROSARIO	Beltrán.
DON MIGUEL ESCALANTE	Sr. Espejo.
DON FACUNDO	Isbert.
ENRIQUE	Soto.
RICARDO	Román.
DON RAFAEL	Aguado.
FÉLIX	Palacios.
JUAN (criado)	Martín.
RAFAELÍN (niño)	Muñoz Sampedro.

675441

NOTA

D. José Palacios, por indisposición del Sr. Aguirre, se encargó, con una hora de anticipación al estreno, del papel de *Félix,* dándole una brillante comicidad que no tenía. A él, como á todos y cada uno de mis intérpretes en Madrid mi más vivo agradecimiento.

F. Sassone.

ACTO PRIMERO

Sala despacho en una casa modesta. Foro izquierda, dos laterales ídem y una derecha, en segundo término. A la derecha del foro, ventanal amplio de cristales por los que se verá el cielo y edificios lejanos. A la derecha de la puerta lateral ídem, una chimenea cuadrada saliente con floreros ó estatuas. Muebles sencillos, pero en muy buen estado. Una mesa-escritorio y una librería grande. Sofá y sillas de cuero. En las paredes un reloj y retratos de familia. Luz eléctrica. Es una noche de invierno.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD y ROSARIO

Al levantarse el telón, la escena aparece iluminada tan sólo por la luz de la luna. Soledad de espaldas al público, apoyada la frente en los cristales del ventanal. Rosario sale por la segunda lateral izquierda y abre la llave de la luz eléctrica

ROS. Pero, niña, ¿qué haces á obscuras? ¡Yo te hacía ya dormida!

SOL. Nada; mirar la caída de la nieve y... figurarme que pienso en algo, tal vez sin pensar en nada.

ROS. ¡Vaya una diversión!

SOL. ¡Es tan melancólico y tan bonito el invierno! Están las calles blancas, blancas, con blancor azulado, de mármol, de cementerio en noche de luna. La ciudad duerme un sueño que parece de muerte.

Ros. ¡Qué tontunas dices! Mejor sería que te acostases. Te puede hacer daño permanecer levantada hasta esta hora con el frío que hace. ¡Es ya media noche pasada!

Sol. Y tú, ¿no estás todavía en pie, Amita?

Ros. Yo he de esperar á que Enrique vuelva del teatro.

Sol. ¿Y por qué no he de esperarle yo también? A mí me interesa tanto ó más que á ti su triunfo.

Ros. Podías haberle esperado acompañando á su madre, que está tan asustada y tan nerviosa la pobre... Te empeñas en quedarte siempre sola... no es natural á tu edad...

Sol. Yo he de estar siempre sola y siempre triste. No olvides que me llamo Soledad. Mi nombre fué un presentimiento de mis padres...

Ros. No te quejes, que lamentarse exageradamente es ofender á Dios. Cuando quedaste huérfana, tu tía política, doña María, el pariente más lejano de tu madre te recogió en su casa, y á mí contigo, porque te había criado. ¿No te tratan como á una hija; no te miman; no te contemplan; crees tú que haya padres más amantes, mejores que doña María y don Rafael? Y Enrique, ¿no te quiere como á una hermana?

Sol. ¡Sí, como á una hermana!

Ros. ¡Válgame Dios y en qué tono lo repites! Parece así como si le tuvieses rencor. ¿Te ha hecho algo el muchacho?

Sol. No, nada. (Nerviosa.) ¡Si me quiere como á una hermana, como á una hermana ausente, por eso no me contesta cuando le hablo! Siempre de mal humor, preocupado con sus artículos, con sus libros; ni siquiera me mira, se diría que no sabe que existo.

Ros. ¿Y eso es lo que te molesta?...

Sol. ¿Pues no me ha de molestar? ¡Interesarme tanto por él y recibir tan mal pago! No; si así se quieren los hermanos, reniego de ese cariño árido, seco, como tierra sin flores...

Ros Soledad, Soledad..

Sol. ¿Qué, Ama?

ROS. Me ocultas un secreto...

SOL. ¿Yo?...

ROS. Tú, sí; no lo niegues... Yo no soy leída, ni sé tantas sabidurías como tú sabes, pero veo y la experiencia me ayuda... tú estás enamorada...

SOL. ¡Ama Rosario, por Dios!...

ROS. Tú estás enamorada de Enrique...

SOL. ¡Pero qué locura! ¿quién lo dice?

ROS Tú misma que te has quejado de su indiferencia... y ahora te turbas y te... pones colorada.

SOL. Pero si yo...

ROS. Ya es inútil que ocultes; yo soy vieja, te conozco y los años saben mucho, picarilla. ¡Anda, confiesa, si no vale la pena de que estés triste; si sería natural que os quisierais después de todo... y si él no lo sabe y no lo ve... se lo diré yo, tontita, pero no sufras!

SOL. No, Ama Rosario, por piedad, calla; no añadas el ridículo á mi pena. Nosotras las mujeres, por un convencionalismo social, no tenemos derecho á declarar nuestros cariños; somos en el amor la parte pasiva, somos esclavas; si no nos gusta ninguno de los que nos cortejan, debemos vivir sin afectos, aunque los sintamos por otro. A Enrique le quiero, le quiero sí,—¿cómo he de negarlo si lo has leído en mis ojos?—Pero si él no lo adivina, viviendo tan cerca de mí, es porque debe ignorarlo, puesto que no sabría quererme.

ROS. Yo no entiendo de esas cosas de que me hablas; pero lo que te digo es que el muchacho te ha visto siempre á tu lado; hasta ahora has sido para él una hermana... más tarde, quién sabe, si advirtiera algo...

SOL. No advertirá nada, porque tú no le dirás nada, ni yo tampoco. Además, cuando casi se lo dije, sin querer, no me entendió...

ROS. ¿Es posible?

SOL. Sí; yo también creía quererle con afecto fraternal; pero el verano pasado, cuando fuimos invitados á la quinta de esa familia in-

glesa amiga del tío Miguel, ¿te acuerdas? en una ocasión, en que Miss Annié, aquella inglesita rubia como el trigo, tocaba el piano, y Enrique á su lado se dejaba arrobar por la música, yo sentí algo aquí dentro, muy dentro de mí, que me quemaba, que me ahogaba. Durante su última enfermedad, cuando escribía el drama que estrena hoy y que tan malo le puso, creí que me moría de pena... Una tarde... era la hora de la oración, caía el sol... (Se oye dentro, en la calle, tocar la alborada de Veiga en una ocarina.) Yo estaba junto á su lecho... Tuvo un decaimiento, una ternura de niño enfermo y tímido. «Si fuera muy larga mi enfermedad»—me preguntó con voz que era un soplo, mientras oprimia mi brazo,—¿me cuidarías siempre así?—Temblé, estremecida por una emoción infinita:—«Siempre, siempre,»—exclamé con toda mi alma, no porque quisiera decírlo así, sino porque el alma asomó á mis palabras ella sola, por un impulso incontenible...

ROS. ¿Y él? (Con curiosidad.)

SOL. Nada dijo; me miró un instante con sus grandes y hermosos ojos de fiebre y de sueño; me miró así, con una mirada sin expresión que venía de lejos, de muy lejos, y se aletargó luego... (Pausa.) No me entendió, no sabe nada, no lo sabrá nunca...

ESCENA II

DICHAS y DOÑA MARÍA por primera derecha

MAR. (Entrando.) ¿Pero estábais aquí?...

SOL. Oíamos la música de esa ocarina...

MAR. ¡Ah! Yo la oía también desde mi habitación. Todas las noches toca... hace tres inviernos que la oigo...

SOL. ¿Le ha visto usted, mamá?...

MAR. ¿A quién?

SOL. Al que toca...

MAR. No; ¿por qué?

SOL. Es una figura llena de poesía. Un mendigo viejo, de barbas luengas y blancas. Toca muy tarde, solo, como si tocase para escucharse á sí mismo, y pordiosea á la puerta de los templos con un gesto noble y bondadoso de poeta y de pastor de ánimas. Es muy triste su música.

ROS. Sí que lo es...

MAR. A mí todo me prece triste esta noche. Tengo un miedo por Enrique...

ROS. ¿Por qué?...

MAR. Si no gustara la obra... si no le aplaudieran... ¡Pobre hijo! ¡Con tanto trabajo como le ha costado su drama, y tantas esperanzas concebidas!..

ROS. ¡Qué cosas se le ocurren! ¿por qué no va á gustar?

SOL. El es muy inteligente.

ROS. Y muy estudioso...

MAR. Eso sí, mi hijo es listo y aplicado como pocos, no vive sino para sus libros y sus cuartillas. ¡Me da tanta pena verle de noche, ya tarde, casi de bruces sobre la mesa, escribiendo ó leyendo con tanto afán que parece que quisiese devorar las letras... ¡Y todo para qué! Apenas si gana sus cigarrillos...

SOL. Ya ganará, cuando sea más conocido...

MAR. Si no enferma antes. ¿Te has olvidado ya de su último ataque al cerebro? ¡Creíamos que se nos moría!

SOL. No me he olvidado, no...

ROS. ¡Pobre doña María!

MAR. ¡Ay, y con cuánta razón me compadeces! Las madres vivimos varias vidas, la nuestra y la de nuestros hijos, y sufrimos doblemente por ellos y por nosotros. (Transición.) Rosario, ¿quieres poner un tronco en la chimenea? ¡Siento una destemplanza!... Este invierno es de los más terribles que recuerdo en Madrid... (Vase Rosario y sale con un tronco que echa al fuego.)

SOL. Son sus nervios y sus temores, mamá. La angustia y la inquietud nos enfrían el cuerpo y el alma; cuando se sufre, parece que

el cuerpo y el alma envejecieran, que para ellos también llegara un invierno moral. Todas las penas dan frío

MAR. ¡Qué niña esta! Logras distraerme, dices unas cosas tan bonitas que parece que hablaras siempre leyendo alguna novela

SOL. Leo muy pocas. Es que me gusta, cuando siento algo, registrarme el alma, analizar mis sentimientos, desmenuzarlos, y luego explicar sinceramente lo que he sentido.

ESCENA III

DICHAS y DON FACUNDO por una lateral. Es un vejete, cojo, mal vestido, que anda como si quisiese esquivar algo que pueda tropezar en la pierna coja. Habla lentamente, muy suave, con la voz gangosa y cansada

FAC. Vaya, me marcho, ahí dejo aquello para don Rafael.

MAR. ¿Ha terminado usted el escrito?

FAC. Sí, felizmente, después de cuatro horas de ejecución... Estoy mareado. ¡Ay, doña María, no sabe usted lo duro que es buscarse un duro!

MAR. ¿También escribir le molesta á usted?

FAC. Escribir, no, precisamente.. pero la hora... y el tecleo de la maquinita que, la verdad, ¿eh? no es ninguna polonesa de Chopin... Conque, vaya...

SOL. No se marche usted, don Facundo, no tardarán en llegar papá y Enrique; espérelos usted...

FAC. No puedo, no puedo; son ya las doce y media pasadas, me van á cerrar el café, y el trabajito nocturno ha sido un aperitivo. Me voy á ver si encuentro al amigo González, que tiene la adorable, encantadora y hospitalaria manía de convidarme á cenar.

SOL. ¡Jesús! Encantadora, hospitalaria y no sé qué más. ¡Cuántos adjetivos!

FAC. Como se ve que tienes en casa á un literato, te fijas en los adjetivos. Pues ellos no cons-

tituyen ofensa á Dios ni á las buenas costumbres, ¿verdad, doña Rosario? Además son los encubridores de toda vaciedad y y el sostenimiento de todas las naciones. ¡Si oyeses una sesión del Congreso! Que hay que reformar esta ley ó aquella otra, que se impone tal ó cual medida política, que el Erario necesita dinero, que... bueno, nada de eso se lleva á cabo, pero todo se arregla milagrosamente con unos adjetivos de los señores ministros y otros adjetivos de los señores diputados.

MAR. (Aparte á Rosario que desde antes se habrá acercado á su silla.) Vaya, empieza este hombre con sus discursos; es insoportable. (Se levanta.) Yo, con el permiso de usted, me retiro á mi alcoba. Tango una jaqueca...

FAC. Que usted se alivie, doña María...

MAR. Buenas noches... Vamos, Rosario. (Mutis las dos.)

ESCENA IV

SOLEDAD y DON FACUNDO

FAC. Se va por no oirme. En esta casa todos me odian porque canto la verdad... Si no fuera por Rafael...

SOL. No diga usted eso, que yo también le quiero y le atiendo...

FAC. Tú porque me conoces desde chiquitita, y porque eres muy buena. Quieres á todos, hasta á quien no lo merece.

SOL. ¿Por quién lo dice usted?

FAC. Si no supieras por quien lo digo no me lo preguntarías con tanto interés. Eres soñadora y crees que todos sueñan, y confundes á un ambicioso con un soñador. No juzgues á los demás por tu propio corazón...

SOL. ¿Pero á quién se refiere usted?

FAC. A quien se refiere siempre tu pensamiento, sin deber pensar en él. ¡Ay! ¡Felicidad, felicidad! sólo eres un vano nombre, dijo un

sabio; pero hay algo que se parece mucho á la felicidad: la indiferencia. Indiferencia política, indiferencia religiosa, indiferencia amorosa... A mayor número de indiferencias, mayor acercamiento á la felicidad.

SOL Tendrá usted algún por qué para abogar por esa indiferencia...

FAC. Eres como los niños, preguntas siempre por qué. Haces bien, es hasta una consecuencia con tu figura; eres toda tú, sinuosa y ondulante como un signo interrogativo. (Lo indica con la acción.)

SOL. Pero no me contesta usted...

FAC. Sí, te contesto. Pues, indiferencia política, porque los pueblos progresan sea cual fuere su gobierno y á despecho del mismo; indiferencia religiosa, porque creyendo ó sin creer siempre nos hemos de morir, que es el último mal, ó el único bien; indiferencia amorosa, porque la reciprocidad del cariño es casi tan imposible como la felicidad. Por eso hay tantos matrimonios mal avenidos... Y adiós, que es tarde.

SOL. No se vaya usted. Quédese, hábleme...

FAC. ¿Para qué? No hago sino entristecerte. Además, si me cierran el café, ¿dónde ceno, y dónde discuto, que es lo más importante? ¿Cómo me acuesto sin discutir la política actual?

SOL ¿Y usted es el indiferente? Los indiferentes no discuten.

FAC. Claro que sí, discuten con indiferencia, como yo. Que caen los liberales, duro con los conservadores; que caen los conservadores, duro con los liberales; pera sin más interés que pasar el rato, ganarme un café de algún amigo de la oposición, y guardarme en el gabán los terrones de azúcar. Eso nos ahorramos en casa.

SOL. No sea usted bromista...

FAC. Como lo oyes. Robar el azúcar es un hurto inocente, y además, muy tradicional, muy castizo. Y adiós, definitivamente, y procura soñar menos, no lo olvides... indiferencia y

felicidad, allá se van ambas. Adiós... (Mutis. Soledad le acompaña al foro y queda ahí un instante; al volver al centro de la escena se encuentra á doña María que sale con Rosario.)

ESCENA V

SOLEDAD, AMA ROSARIO y DOÑA MARÍA, á poco DON MIGUEL

MAR. Gracias á Dios que se fué, no sé qué empeño tienes en retenerle y hablarle...

SOL. ¡Pobre!

MAR. ¡Qué pobre, es un chismoso!

ROS. Y un descreído, un herejote, señalado de la mano de Dios.

MAR. En mala hora le conoció Rafael, y en peor hora le hizo su escribiente... (Suena un timbre.)

SOL. Llaman, ¿serán ellos?

ROS. No deben ser, tienen llave. (Yendo al foro.) Pero, si es don Miguel.

MIG. (Entrando. Viste smokin; es un viejo elegante y jovial.) El mismo, y que viene famélico, sin haber engullido aún su cena de última hora, supongo que...

MAR. Hombre, podías dar siquiera las buenas noches.

MIG. ¿Me vas á sermonear como de costumbre, querida hermana? Nos vemos continuamente; no has de suponer que te deseo mala noche... y que te la auguro buena, por sabido se calla. ¡Odio las palabras inútiles!

ROS. ¡Qué don Miguel, siempre lo mismo!

SOL. ¿Viene usted del teatro, tío?

MAR. ¿Gustó la obra?

MIG. No.

MAR. ¡Cómo!

MIG. No te asustes, mujer. Digo que no, que no vengo del teatro. Me entretuve en el círculo oyendo disparatar sobre política, maldecir de la patria y murmurar de las mujeres. Es el eterno *sport*.

MAR. Pues debías haber ido al estreno del drama de Enrique.

MIG. ¿Para qué? Hubiera estado nervioso, inquieto, y no era cosa de interrumpir este supremo bien de la alegría, aunque á veces solo sea aparente. Además, me divertía en el círculo, oyendo las charlas. La necedad de nuestros semejantes, es un gran consuelo.

SOL. Es usted egoísta, tío; por temor á una emoción, no sabe usted sacrificarse en interés de un amigo, de un pariente...

MAR. Tiene razón Soledad, sólo te ocupas de ti mismo, de tu dicha.

MIG. ¡Qué mal me juzgas, hermana! Yo escojo el lado alegre de la vida porque es el único que vale la pena de tomarse en serio, y no soy egoísta, puesto que me preocupa el bien de los demás. Yo quisiera ver alegre á todo el mundo...

MAR. No todos son ricos y desocupados como tú ..

MIG. ¿Ah, ese es otro defecto, verdad? Tienes razón. Para los que no tienen nada, es gran vicio en otros tener algo, aunque el tenerlo haya costado sudores y fatigas como me ha costado á mí. Yo he sido rico y tonto, después, pobre y triste... y hoy... vuelvo á ser rico... soy solo... descanso y cumplo con mi deber.

MAR. ¿Tú deber es viajar y divertirte?

MIG. ¡Claro está! Mi deber es vivir, vivir intensamente, ¿entiende? ¡El más noble, el más sagrado y el más agradable de los deberes del hombre! Pero no divaguemos, que perezco de hambre. Comprenderéis que si he venido á tales horas, lo he hecho con el objeto de ver á nuestro dramaturgo y cenar con él. Usted, Rosario, ocúpese de que nos preparen algo; mande á Juan á *La Mallorquina*. (Le da unos billetes.)

ROS. ¿Qué desea usted? (Medio mutis foro.)

MIG. Lo mejor que haya... pollo, paté, setas, salmón... lo que haya...

ROS. Voy en seguida... (Mutis foro.)

MIG. (Gritando en la puerta.) ¡Ah, y vino Rioja, digan que es para mí!

SOL. ¡Qué buen humor tiene usted! A nosotras

con el miedo y la ansiedad no se nos ocurrió preparar cena.

MIG. Las románticas como tú, son enemigas juradas de los gastrónomos.

MAR. Como no estábamos seguras del éxito...

MIG. ¡Qué importa, mujer! Una alegría es siempre más entusiástica ante un buen pavo trufado, y la pena más amarga se ahoga en el líquido rubí de un vino clarete.

MAR. Otro egoísmo más...

MIG. ¡Para ti todo es egoísmo, caramba! Como continúes así acabarás por decir que lo es también el roncar, porque despierta á los vecinos.

MAR. ¡No seas chistoso, vaya! ¿Cómo quieres que no te llame egoísta, si no hay sinsabor que te quite la gana de comer?

MIG. ¡Bueno fuera! A mí ningún disgusto probable me incapacita para hacer lo que me agrade. Cuando estoy amargado, temeroso de un contratiempo, es cuando más me preocupa divertirme: si el contratiempo viene, no podrá quitarme lo bailado, y tampoco he de evitarlo, entristeciéndome con anticipación.

SOL. ¿Es usted fatalista, tío?

MIG. No, querida sobrina, porque no creo en el «estaba escrito». Se me antoja que ningún amanuense celestial se ocupa de escribir el más allá; además mi carácter activo y emprendedor rechaza una creencia que imposibilita para la lucha; pero sustituyo al destino con la casualidad. Creo en la casualidad. Nacemos por una casualidad, morimos por otra... y, sobre todo, vivimos de casualidad. Y á propósito de casualidades, he tenido la mala suerte de encontrar en la puerta al cojo...

MAR. ¡Ay, hijo, yo me marché por no oirle!...

MIG. ¡Qué ridículo es! ¿Sabéis qué mote le pusieron sus compañeros de curia? Pues... (Imita la manera de andar de don Facundo.) ¡Cuidado con la pintura!

SOL. ¡Pobre don Facundo! (Con lástima.) No acierto

á comprender por qué le odia usted tanto. Es como usted, discutidor y sentencioso, se le parece...

MIG. No, en nada. Yo lo veo todo color de rosa; él lo ve todo negro; es un literato fracasado, y habla mal de todo el mundo, porque desde que se quedó cojo, claro, ya no puede escribir...

ESCENA VI

DICHOS, ROSARIO. Luego DON RAFAEL, ENRIQUE, FÉLIX y DON FACUNDO. Vienen con gabán

ROS. (Saliendo, alborozada.) Ya suben, ya suben; les he visto por el balcón del comedor.

SOL. (Al foro.) ¡Enrique!

MAR. (Idem.) ¡Rafael!

D. RAF. ¡Vengo muerto! La obra se hundió al tercer acto.

MAR. ¡Hijo mío!

ENR. ¡Fracasado, silbado! Me parece que siento aun aquí, aquí, sobre la nuca, las pisadas de todos los que pateaban enfurecidos...

SOL. Valor, Enrique, paciencia...

ENR ¡Paciencia, paciencia!...

FÉLIX El público es un idiota, no ha sabido sentir la situación final del drama...

FAC. Eso, no; el público es según les conviene á ustedes los autores que sea; cuando aplaude es el culto, el inteligente que supo saborear las bellezas de la obra; cuando silba, el vulgar, el idiota que no acertó á descubrirlas ni á comprenderlas. Y despues de todo, el público es el único que tiene razón, porque no es literato, ni analiza; se impresiona, se divierte ó se aburre, y si protesta está en lo justo, porque paga, y tiene la fuerza de su sinceridad.

MAR. ¿No se iba usted al café?

FAC. Sí, pero Rafael me obligó á que subiera... Descuide usted, no hablaré más...

MIG. No; si ahora, por la primera vez en su vida, está usted en lo justo.

FAC ¡Gracias!

ENR. Lo que más me lastima son las pullas de los compañeros, de los amigos. ¡Qué tremenda perfidia revelaban hasta los que se condolían de mi fracaso!

FÉLIX Envidiosos satisfechos.

FAC Es natural. Todos somos hermanos; pero Abel murió joven y ha dejado muy poca descendencia.

ENR. ¡Fracasado, silbado!

SOL. Ya vencerás en otra.

MIG. O no...

MAR. ¡Miguel!

ENR. ¿Por qué, es que no sirvo, es que soy un imbécil, es que?...

MIG. No te exaltes; sirves, pero no quieres servir...

ENR. No le entiendo á usted.

MIG. Pues yo me haré entender...

MAR. Cállate, Miguel, ya vienes tú con tus franquezas, pareces aragonés...

ENR. Déjale que hable mamá, te lo suplico.

MIG. ¡Toma, y aunque no me dejen, hablo y grito, porque quiero y hace falta...

FÉLIX Ante todo, por lo que pueda usted decir, don Miguel, hágole notar que hablará sin haber visto la obra, ni tener remota idea de la pésima interpretación de los actores.

MIG. ¡Los actores! Otras víctimas de las vanidades literarias. No conozco gente más vanidosa que estos plumados. Si triunfan, mérito de ellos; el actor es una cotorra que repite; si fracasan, los actores son unos imbéciles. La cuestión es dar la culpa á cualquiera, al Gobierno, á la temperatura, á las potencias extranjeras, á todo el mundo menos al autor.

D. RAF. Pero Miguel, Facundo, estais locos, ¿qué os proponéis?

ENR. Déjalos, papá, que se desahoguen: por unas gotitas más de amargura no he de morir.

MIG. Si nadie pretende amargarte, y yo menos que nadie, si quiero que veas claro y apro-

veches el buen camino. Ya sabía yo que tu drama iba á ser un mal éxito.

ENR. ¿Por qué?

MIG. Leí un acto, revolviendo entre tus papeles. La forma es cuidada, correcta, si se quiere clásica, académica; pero le falta emoción y calor vital.

ENR. Mire usted, yo...

MIG. Déjame hablar. Para hacer dramas de la vida real, para conmover con ellos, hay que vivir esa vida, y tú no has empezado á vivirla todavía. Te crees un soñador porque sueñas con el triunfo, y no eres más que un arrivista. En tu obra no hay amor, porque jamás lo hubo en ti mismo.

MAR. Miguel...

ENR. Dejadle, dejadle...

MIG. No, no lo hubo: afectos, amor tibio de hijo á padre y de hermano á hermana; pero sin pasión. ¿Cómo hablas tú del dolor si nunca te mordió el pecho? ¿Qué sabes tú de la alegría si jamás has bebido felicidad en los labios de la mujer querida?

FÉLIX Habla usted muy bien, don Miguel...

MIG. Habla bien la vida que he vivido... Fuí rico y dilapidé mi fortuna entre aristócrates y sportmans; fuí un tonto, director de cotillones, de *Gymikanas* y de *papercheasse*, fuí un galanteador de oficio, hasta que me quedé sin un céntimo y me engañó la primera mujer que amé en serio; entonces me fuí lejos, á reconstruir mi vida y mi fortuna, y viví entre luchas y emociones, y supe lo que eran penas, porque de antes sabía lo eran alegrías, y me convulsionó el goce, porque antes me había herido la crueldad. Ví las grandes bellezas, el sol, la luna, el cielo, el campo, ciudades de ensueño y ruinas de poesía, y leí en el más grande de los libros, el corazón del hombre, y hoy, si fuera escritor, como tú lo eres, daría sensaciones, emociones é ideas, que por haberlas recogido en la fuente de la vida tendrán el calor de verdad, que á ti te falta.

FAC. (Aparte á Félix.) ¡Ya se destapó! (Félix le tira del gabán para que se calle. Todos escuchan absortos. Enrique da poco á poco señales de asentimiento.)

MIG. Para evocar y para sugerir hay que haber sentido y haber soñado, y tú aquí ni sueñas ni sientes. En la calle, una vida de intrigas y de rencores profesionales; en tu casa, entre estas cuatro paredes, leyendo y releyendo toda esa balumba de prejuicios y de dogmas, fabricas emociones librescas que huelen á academia y á polilla. ¿Cómo quieres dar sensaciones de otoño, de primavera, de invierno, de crepúsculos y de auroras... si nunca has comulgado con la naturaleza? Sal de aquí, viaja; escucha á solas, recogido en ti mismo, la voz de los arroyos que cantan y de los pájaros que trinan; mira las mil sonrisas de mil cielos diferentes, y sufre y goza. Haz de tu primera derrota el principio de tu victoria, marcha á la conquista de la vida. Y ama, ama con todo tu corazón, con toda tu juventud, y llora y ríe, y vuelve luego á producir, cuando lleves dentro de tí un tesoro de experiencia, de vida y de amor.

ENR. (Abrazándole, conmovido.) Los brazos, tío Miguel, los brazos. Estaba ciego; usted me ha quitado la venda de los ojos.

MAR. ¿Qué dices, hijo?

ENR. Que partiré, que cruzaré otras tierras y otros mares...

MAR. ¿Qué has hecho, Miguel?

SOL. ¿Te irás, Enrique?

ENR. Sí, pronto; á olvidar lo que debo olvidar y á hacer provisión de experiencia y de energía para lo porvenir.

D. RAF. Calla, hijo, calla; no aumentes nuestras penas que harto sufrimos por ti. Si la literatura no es tu camino, busca otro. Una profesión; la carrera de Derecho; yo mismo te instruiré en ella; tendrás mis libros... No hace falta que viajes.

MIG. La eterna manía, la carrera del padre para el hijo.

FAC. Claro...

MAR. Miguel, ¿quieres no venir á trastornar nuestra paz?

MIG. (Sin hacer caso.) ¡Abogado! ¿Para qué? ¿Para que acabe en notario, como tú? Ya sé lo que me vas á decir, que no son escritores, artistas de la palabra, sino hombres de acción los que hacen falta; que hay plaga de malos literatos, también la hay de abogados, como de coroneles en las republiquitas hispano americanas.

D. RAF. Yo sé...

MIG. Tú no sabes sino de papel sellado. Tu hijo podrá ser mañana un admirable profesor de energía. Además, déjale escoger. ¿Es que la libertad individual no existe? ¿Es que ha de haber en las familias, dinastías, generaciones de médicos, abogados é ingenieros? Déjale que viva, y escoja su vida, la suya, no una vida de recuerdos, de inspiraciones hereditarias, y que sea él, él mismo, el original, no tan solo el hijo de su padre.

JUAN (Saliendo puerta derecha que da al comedor.) Señoritos, la cena.

ROS. (Que habrá estado apoyada en la chimenea escuchando.) Don Miguel, la cena les espera.

MIG. ¡Santa palabra! Vamos en seguida. Ya ves al egoísta, María; me olvido de mi pobre estómago por aleccionar á mi sobrino, y tú, (A Enrique.) créeme, la flor de tu ingenio se marchita entre esos libros.

ENR. Sí, le creo.

MIG. Oréate, que te dé el aire y la luz Pasado mañana voy á París, puedo acompañarte unos seis meses, después te dejo libre...

ENR. Iré, tío Miguel.

MAR. No, hijo, mío...

SOL. ¡Enrique!

D. RAF. Bah, bah, lirismos, resoluciones repentinas; ya veremos si se va; por ahora á cenar...

FAC. Sí, sí, que ya que hemos tenido orador.. justo es que tengamos banquete.

MIG. Vamos, futuro triunfador.

ENR. Tengo muy poca gana...

MAR. Anda, hijo, dame gusto. Te invita tu madre para la cual triunfas siempre, á despecho del público...

MIG. Y de ese también triunfará. Vamos. (Mutis doña María y Enrique, Rafael y Miguel, don Facundo y Félix.)

FAC. (A Félix, ya en el umbral.) Don Miguel está loco.

FÉLIX Calla, Facundo, que esta cena va á ser una hecatombe.

FAC. Tierras, mares, ciudades de ensueño, á Enrique.... Cuando todo eso no se tiene en el alma, se mira al exterior y no se ve...

ESCENA X

SOLEDAD, un instante en el centro de la escena, llorosa, y AMA ROSARIO, que acude á consolarla

ROS. ¡No llores, nena, no se irá!

SOL. Se irá, sí; le conozco. Se irá y hace bien. El amor es lo mejor de la vida, pero no es toda la vida, y es necesario que Enrique viva, que convierta en un ensueño su letargo, mientras mi ensueño se transforma en muerte.

ROS. No; se quedará, yo le diré tu cariño...

SOL. Tú callarás, yo no pordioseo amor. Tú callarás, aunque me vea con el corazón hecho pedazos... Callarás... ó me iré yo.

ROS. No llores, no llores, callaré siempre.

(Se oye fuera la «Alborada» de Veiga, por la ocarina del mendigo.)

SOL. ¡Ay... Dios mío... me muero!

ROS. Ven al comedor... ven, Soledad...

SOL. ¡Soledad! Mi nombre era mi presentimiento. Siempre sola y siempre triste. Y él á la vida, al amor, á otro amor... lejos... lejos... muy lejos... (Llora.—Telón lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala de forma poligonal. Bastante mejor amueblada que la del primer acto, pero sin lujo. Puerta á la derecha, oblicua, muy visible al público Otra ídem á la izquierda, que da acceso á las habitaciones de doña María. Izquierda primer término, puerta que conduce á las habitaciones de Soledad; derecha primer término, puerta del comedor. Al fondo, un mueble con espejo grande. Confidentes, damero, etc. Son las seis y media de la tarde.

ESCENA PRIMERA

Aparecen sentados SOLEDAD y RICARDO

RIC. ¿Qué me responde usted, Soledad? (Pausa.)

SOL. ¿Por qué ha procedido usted tan intempestivamente?... Yo no sé que responder... Bien quisiera...

RIC. Comprendo que no ha de ser satisfactoria su respuesta. Sólo se duda, en estos casos, cuando no es agradable aquello que se va á decir; pero yo le suplico que reflexione antes de pronunciarse en pro ó en contra de mi pretensión... No he procedido tan inconsideradamente como usted supone; he meditado mucho antes de manifestarle mi afecto, y sólo convencido de la sinceridad de mi cariño, decidí afrontar este paso. No creí jamás que pudiera mortificarla...

SOL. ¡Oh, no!; de ninguna manera, quien se mor-

tifica es usted. Cuando se nos ofrece una flor, la cogemos con placer, sea cual fuere el jardinero que nos la entrega. El afecto es siempre agradable para quien lo inspira, aunque á éste no le guste ni mucho ni poco quien lo siente...

RIC. Es usted cruel..

SOL. Tal vez lo parezca sin serlo; déjeme usted expresar por entero mi pensamiento. En este caso quien lo ofrece no es desagradable bajo ningún aspecto, pero...

RIC. ¿Pero... qué, Soledad? (Pausa.)

SOL. He aquí precisamente lo enojoso, lo que me queda por decir.

RIC. Piénselo, piénselo. Tenga en cuenta que no es un devaneo lo que me ha llevado á hablarle. Hace dos años que la conozco á usted, y poco á poco, la simpatía de los primeros días se ha convertido en amor. Sí, la amo á usted, Soledad, la amo á usted desesperadamente porque nunca, ni hoy mismo, he concebido grandes esperanzas.

SOL. Olvidó usted que la esperanza es uno de los medios para vencer.

RIC. ¿Debo esperar, entonces?

SOL. No he querido decir tanto, amigo mío...

RIC. Se lo ruego, no se burle usted de mí, no me atormente usted. Mal podía yo concebir esperanzas, cuando á tantos adoradores le he visto rechazar; pero este convencimiento, esta misma seguridad de que usted no amaba á ninguno...

SOL. ¿Pero tiene usted esa seguridad?

RIC. (Con viveza.) ¿Ama usted á alguno?

SOL. No; juego con sus preguntas; soy mujer, un poco perversa, un poquillo coqueta, acaso á pesar mío... Y, además, francamente, no quiero ser franca. Debería usted entenderme, advertir que trato de evitarme una respuesta categórica.

RIC. ¡Qué habilidad tiene usted!. Encanta y marea con sus palabras; pero le suplico que no abuse de las preciosas cualidades de un ingenio que no he hallado jamás en mujer al-

guna; no juegue usted conmigo; mi lealtad y mi afecto merecen siquiera un poco de respeto... Sólo le suplico que me prometa pensar y reflexionar con detenimiento en la sinceridad y honradez de mis proposiciones, en la vida que le ofrezco para recorrerla juntos, cogidos de la mano...

SOL. ¡Ay, en asuntos de amor, como de religión y de fe, no hace falta reflexionar, sino sentir nada puede contra el espiritu fanático de un creyente la crítica de la razón, é inútil es que el cerebro consienta cuando el corazón rechaza.

RIC. ¿Entonces?

SOL. Entonces... ¿quiere usted ser mi amigo, mi buen amigo y nada más?

RIC. ¡Amigo! Amigo con derecho á esperar... sí.

SOL. No espere usted; mi corazón no se abre para ningún amor.

RIC. Es usted hermosa y dura como los estatuas.

(Pausa. La situación de ambos es muy embarazosa.)

RIC. ¿Irá usted al Retiro mañana?

SOL. No sé. Salgo tan poco, como no sea de compras... (Pausa.)

RIC. Me parecerá triste el paseo si no va usted... ¿Irá?

SOL. (Algo impaciente) No lo sé...

ESCENA II

DICHOS y DOÑA MARÍA por el foro izquierda

MAR. Perdone usted, Ricardo, me he entretenido más de lo que creía; pero este criado nuevo es un hablador...

RIC. ¡Señora!... (Se pone de pie, inclinándose.)

MAR. Por lo demás... supongo qne no se habrá usted aburrido, ¿verdad?

RIC. Aburrido de ninguna manera; pero divertido... tampoco...

SOL. Muchas gracias.

RIC. Perdone usted; he dicho lo que no quería decir.

SOL. Ha dicho usted... una tontería de mal gusto. Pero le perdono por ser diputado... é inviolable.

MAR. ¿Qué ha sido, Ricardo?...

RIC. Nada; escozor de las heridas. Hemos sostenido la Soledad y yo una conversación de... esgrima.

MAR. ¿De esgrima?...

RIC. Tiene una espada deliciosa y perversamente femenina...

SOL. No lo crea usted.

MAR. Pero, siéntese...

RIC. Gracias, no puedo; voy á quitarles ya la molestia, es un poco tarde... (Despidiéndose.) Señora...

MAR. Hasta muy pronto, Ricardo, y reconocidísimos por la visita. Espero que la próxima será menos de médico...

RIC. Crea usted que si de mí dependiera las haría interminables. (Despidiéndose.) Soledad... (Aparte, á ella.) ¿Puedo esperar? (Ambos caminan unos pasos hacia el foro derecha.)

SOL. No.

RIC. ¿Es su última palabra?...

SOL. La última...

RIC. Adiós... y... nada, adiós. (Va á hacer mutis.)

ESCENA III

DICHOS y DON RAFAEL, por el foro derecha

D. RAF. Se va usted porque yo vengo...

RIC. Todo lo contrario, sería un motivo para que permaneciese; pero tengo aún algunas visitas por hacer... y es tarde.

D. RAF. Pues creame usted que lo siento; pero, en fin, no quiero detenerle, no sea que le riña alguna hermosa.

RIC. Las hermosas no me riñen, me desdeñan... Y yo sigo el adagio: en amor, la victoria es huir. (Pausa.) Don Rafael...

D. RAF. Le acompañaré hasta la puerta...
RIC Se empeña usted en molestarse...
D. RAF. Bah, qué molestia.
RIC. Señoras. (Mutis foro derecha con don Rafael.)

ESCENA IV

DOÑA MARÍA, SOLEDAD y á poco DON RAFAEL

MAR. ¿De qué han hablado ustedes, puede saberse? Me parece haber notado un ligero sarcasmo en las palabras de Ricardo.
SOL. Si lo sabe usted mejor que yo, ¿para qué me lo pregunta?
MAR. ¿Que yo sé, dices?...
SOL. Sí, no se haga usted de nuevas; me han tendido una emboscada para que Ricardo me hablase de amor.
MAR. Pues bien, sí. Me habló de sus intenciones, me parecieron serias y como es mi deber ocuparme de tu porvenir, le he facilitado el modo de manifestarte su afecto.
D. RAF. (Entrando, muy á tiempo) Y tú no has hecho bien en rechazarlo.
SOL. ¿Qué no he hecho bien? Y que culpa tengo yo de lo que hace mi corazón?
D. RAF. Al corazón se le manda, que es muy mal consejero, cuando la reflexión no lo dirige. Ricardo es un buen partido; un hombre digno, caballeroso, distinguidísimo...
SOL. Pero que á mí no me gusta.
D. RAF. Pues te debería gustar. ¿A cuándo aguardas? Tienes ya veintiocho años.
MAR. Te han llovido pretendientes, y tú, nada, como si oyeses llover. ¿Te parece acertada tu conducta esquiva é inexplicable?
SOL. Lo que es inexplicable es la manera de opinar que tienen ustedes. Se diría que no han sido nunca jovenes, que no han amado nunca. ¿Por qué he de dar mi mano á quién no voy á dar jamás el alma? Usted, papá, ¿se hubiera casado con su esposa sin amar-

la? Y usted, ¿se atrevería á sostener que esta unión tan hermosa y tan feliz es producto de un cálculo?

MAR. Yo no sostengo semejante cosa, hija mía; pero con el trato, con la vida íntima con un hombre bueno y cariñoso, el amor debe nacer.

SOL. ¿Y si no nace? Yo tengo otra idea del amor. El amor es un torrente, que brota espontáneo y avasallador; el amor es un estallido, un fuego que si no prende de primera intención, da luego débil llama que se apaga al primer soplo; el amor no se fabrica, no se alimenta, existe y vive porque sí, en este «porque sí» estriba toda su fuerza y toda su razón de ser, y unirse en lazo indisoluble, esperando á que nazca, lo que puede no nacer, ó nacer más tarde para otro hombre, es una absurda inmoralidad que yo no cometeré jamás. ¡El amor es la causa y el matrimonio el efecto; invertirlos es una insensatez!

D. RAF. Vaya, vaya; déjate de filosofías trasnochadas que no cuadran en una mujer. Lo que te digo es que estás malgastando tus mejores años. ¡Rechazar á Ricardo! ¡Si vieras lo triste que se ha ido! ¡Un hombre tan bueno!

SOL. ¿Y qué me importa á mí de su bondad?

MAR. ¡Niña!

SOL. Sí, ¿á mí qué me importa? No es lo bueno lo que gusta siempre; á veces gusta lo malo... ¡y malo y todo se le ama, porque sí!

D. RAF ¡Pero qué inmoralidades dices, qué lecturas te trastornan la cabeza!

MAR. Soledad, vuelve en ti...

SOL. No me hagan pensar lo que á pensar me resisto. No me desesperen ustedes. Díganme claro, si soy gravosa, si causo molestia, si no debo permanecer ya en esta casa...

MAR. ¡Soledad, no enloquezcas!

SOL. (Violentísima.) ¡No me hagan enloquecer ustedes! Si molesto me iré. Mis ideas no me consienten entrar en un claustro; pero me iré, no sé dónde. Me iré sola, no del brazo

de un hombre á quien no ame. Yo no quiero encarcelar mi corazón.

D. RAF. (Cogiéndola cariñoso.) Calma, por Dios. No blasfemes.

MAR. Estás ofendiendo á quienes te quieren con toda el alma. Tú no lo sabes, tú no lo sabes... te he tenido en mis brazos, chiquitita, balbuciente, cuando la desgracia se cernía sobre ti... ¿Qué has visto en mí que pueda parecerte desamor?...

D. RAF. Yo he sido para ti un segundo padre; jamás hubo preferencias entre Enrique y tú: desde que él se marchó, eres mi único hijo, mi único consuelo. ¿Por qué nos das este pago?

SOL. (Enternecida.) Perdón, padres míos, perdón...

D. RAF. Calla, calla. Si te perdonamos, perdónanos tú también. Nosotros solo queremos tu felicidad...

MAR. Y si tu felicidad está aquí, vivirás siempre con nosotros, soltera, casada, como tú quieras, aquí, á mi lado...

D. RAF. ¡Entre nuestros brazos!

ESCENA V

DICHOS, FÉLIX y DON FACUNDO por el foro derecha

FAC. Buenas tardes.

FÉLIX ¿Estorbo?...

MAR. ¡Félix!... Usted es siempre el bienvenido en esta casa.

FÉLIX Gracias.

D. RAF Hola, Facundo... Vaya, (A Félix.) al fin te has acordado de nosotros, tanto tiempo sin verte.

FÉLIX Gracias á que Facundo me ha enseñado la casa... Se mudaron ustedes sin avisar. (Saludando á Soledad.)

FAC. He aquí, de cómo un cojo puede servir de guía...

MAR. Al fin sirve usted para algo.

FÉLIX ¿Y usted, Soledad, no me dice nada? ¿Qué pasa, alguna mala noticia?

SOL. Ninguna, por suerte. Pero hoy hace un año que murió Ama Rosario...

MAR. Sí... y la recordábamos...

FÉLIX Es natural. Pobre señora... tan bondadosa.

SOL. Apropósito. ¿Sabe usted si mañana domingo, abren las florerías de la Carrera de San Jerónimo?...

FÉLIX Creo que hasta mediodía solamente. Hoy, hasta las nueve de la noche.

SOL. Entonces voy á ir á que me hagan una corona. Quiero llevársela mañana al cementerio.

D. RAF. Iré yo á encargarla...

SOL. No, salgo un momentito. Eso me distraerá; estoy tan triste. Volveré á la hora de comer. (Mutis primera izquierda.)

D. RAF. Como quieras.

ESCENA VI

DICHOS y SOLEDAD, que vuelve á salir cuando se indique.

MAR. Ya se sabe; el placer de Soledad es salir sola.

FAC. Costumbre inglesa.

FÉLIX Y no tiene nada de particular... hoy es gran moda.

D. RAF. A mí no me parece mal y no vale la pena de contrariarla. Soledad es buena y melancólica; pero tiene un carácter muy independiente y muy firme.

MAR. Y es tan sensible y nerviosa que la menor contrariedad la exalta y la indispone.

SOL. (Saliendo ya con sombrero.) Ea, ya estoy. Les encuentro aquí, ¿verdad, Félix? ¿Come usted con nosotros?

FÉLIX Si no me echan...

SOL. Entonces, hasta pronto. Adiós, don Facundo. (Besa en la frente á doña María.) Vuelvo en seguida.

MAR. ¡Que el Señor te acompañe!

SOL. Adiós, papá. (Mutis foro derecha.)

D. RAF. Adiós, no; hasta luego.

FÉLIX Cuidado con los donjuanes.

D. RAF. No hay cuidado; no he visto criatura más refractaria al amor.

MAR. No ha sonado su hora todavía.

D. RAF. Pues no sé cuándo va á sonar. Se pasa la vida rechazando pretendientes...

FAC. Tiene un mal amor lejano.

MAR. ¿Enrique? Usted ve visiones. Supo su matrimonio y no se entristeció.

FAC. ¿Cree usted eso? Ahora sabe que está viudo y espera; tiene la paciencia de su tenacidad.

D. RAF. ¿Y qué hay por el pueblo?

FÉLIX Nada de particular; igual á todos los demás pueblos. Una paz virgiliana, deliciosa; muchas tiendas de vinos, mucha gente que no sabe leer, el alcalde cada día más bruto y el cura cada día más gordo. ¿Y de Enrique, qué me cuentan ustedes? Ya me ha dicho Facundo que hace muy buenos negocios.

D. RAF. Sí, gana bastante, y nos envía siempre dinero; pero escribe muy poco. Desde la muerte de su mujer, que nos participó en viaje de Buenos Aires á Italia, hace ya un año, no hemos vuelto á saber de él. Mandó un retrato del chico, de Rafaelín. Una preciosidad de criatura. Su silencio es perdonable, su mujer era muy rica y á su muerte se complicaban cien mil asuntos de intereses..

FÉLIX ¿No piensa venir?

D. RAF. Nada nos ha dicho.

FAC. ¡A pesar de las esperanzas del gran don Miguel, creo que los viajes le han secado más aun el corazón!

MAR. Ya podía volver á nuestro lado. ¡Ocho años lejos, ocho años!

D. RAF. Siete, mujer.

MAR. Bueno, á mí me parecen cincuenta. ¡Y tenga usted hijos para esto, y sufra para tenerlos y por criarlos, y padezca luego las penas de ellos, y viva para ellos! .. ¡De repente, se levantan con una fantasía, una locura... y, adiós, otros cariños, otras ilusiones nos los roban para siempre! ¡¡Pobres madres!!

FÉLIX Pero Enrique volverá...

MAR. ¡Dios lo haga! Su ausencia me está matando poco á poco.

D. RAF. Si no fuera porque le va bien, maldeciría de Miguel que lo indujo á partir.

FÉLIX ¿Y ha abandonado por completo el arte?

D. RAF. La literatura tengo entendido que sí...

FAC. No; fué la literatura la que le abandonó á él.

D. RAF. Te morías si no murmurabas.

FAC. No hago sino decir la verdad. Jamás creí que Enrique tuviera algo de artista.

D. RAF. Pues te equivocaste; dejó la literatura; pero hasta en sus negocios sigue con sus aficiones á lo bello. Implantó en Milán una gran industria de fonógrafos... Unos discos de material nuevo, mucho más sonoros.

FAC. ¡Ah! ¿y eso es arte?

D. RAF. Claro está; arte musical, discos de los mejores cantantes.

FAC. ¡Bah! en los fonógrafos lo mismo resulta la de Lerma que la tonta de la pandereta.

FÉLIX ¡Sí, sí, y Titta Ruffo que Garibaldi! ¡Qué Facundo; siempre tan exagerado!

FAC. No exagero. ¡Arte en los fonógrafos! ¡No sé. lo artístico que pueda ser tener en casa un gato que cante ó maye óperas y soleares!

MAR. ¿Quiere usted no hablar mal de mi hijo?

FAC. Si no doy contra él, sino contra Edisson, que no es pariente de ustedes que yo sepa. De Enrique digo lo que dije cuando don Miguel lo hizo partir. Que el arte no se busca, lo llevamos en nosotros mismos. Que de la vida venía la parte material y mercantil; que á fuerza de conocerlo todo acabaría por no querer nada ni á nadie... y así ha sido.

MAR. Pues tampoco dice usted lo que es. A nosotros siempre nos manda dinero, á su mujer bastante la lloró en su última carta.

FAC. ¡Dinero! Manda lo que le sobra. En cuanto á su mujer tal vez si fué un negocio más, como su arte... ensueño del trimestre.

D. RAF. Bueno, bueno, basta; como de costumbre,

hablas, hablas y desbarras, y ofendes. ¿Quién te preguntó á ti nada, quiero yo saber?

FAC. Nadie, si yo no contesto á nadie, digo verdades...

D. RAF. Es que verdades ó no, yo estoy harto de oirlas.

MAR. ¡Y yo!

FÉLIX Ya lo oyes, Facundo, con que tú verás lo que te conviene

FAC. Sí, tú verás lo que te conviene, cojo, ¿no es eso?

FÉLIX No, no cojas nada; pero te empeñas en cacarear verdades, eres el chantecler de la casa, y has hecho de ella un reñidero de gallos.

FAC. ¿Pero van á dar todos contra mí?

D. RAF. No; eres tú quien molestas a todos.

FÉLIX Por Dios, no es para tanto..

D. RAF. No, Félix, no; es que ya no se le puede tolerar. A cada instante es lo mismo. Entre él y mi cuñado me han revuelto la casa, me han quitado la paz...

FAC. Yo, opino, porque...

D. RAF. Tú molestas, ¿lo entiendes? A Soledad la haces llorar todos los días, no sé que la dices; á mi mujer, cuya voluntad deberías haberte ganado, no haces sino ofenderla con tus impiedades, y ahora, delante de mí hablas de mi hijo como de un enemigo. No quiero tolerártelo más, vaya.

FAC. No sabía que por unos cuantos duros que me das por escribir á máquina, hubiera perdido la libertad de opinar. Te hablaba como se habla á un amigo de la infancia, de toda la vida.

D. RAF. Y como tal te hablé yo siempre, pero tú abusas de esa amistad.

FAC. Pues no abusaré más, me voy...

FÉLIX Pero no se pongan ustedes así.

D. RAF. Déjale, que se vaya, que se vaya y que no vuelva... ¡Así paga el diablo!

FAC. (Digno y algo conmovido.) Yo pago con lo único que tengo, el corazón. Aunque ridículo y pobre, me queda aun la noble virtud de ser

agradecido, y mi agradecimiento es invariable aunque salga de aquí para no volver. No he sabido adular... eso... eso es todo, pero sé querer, y recordaré siempre al amigo, y bendeciré la limosna dada al pobre inútil que solo sabe decir la verdad.

D. RAF. (Conmovido.) A querer no me ganas tú, ni nadie... Me vas á matar tú también á disgustos... Quédate, Facundo... Está visto que me han de conmover á cada media hora... quédate, no hablemos más de esto.

FAC. (Abrazándole.) Eres bueno, y eres noble, y á ti, á doña María, á Soledad, al mismo Enrique, á todos les quiero; por eso me duele que él no esté aquí y nos olvide...

MAR. Pero todo hay forma de decirlo...

FAC. ¡Qué quiere usted, doña María, se me ha agriado el carácter á fuerza de contratiempos! ¡Tiene usted razón! Pero la pobreza es un ácido... un corrosivo... Por lo demás, apruebo que Enrique se haya hecho un hombre de posición, un hombre práctico. Entre un soñador que se queda dormido, y un positivista que sabe amontonar dinero, siempre es mejor el segundo...

D. RAF. Claro está.

FÉLIX Bien, y démosle á usted gusto, no hablemos más de esto. Dígame, y don Miguel, ¿no ha venido por acá?

MAR. Viene un par de meses al año y luego escapa. Ahora, hasta muy avanzado el otoño, no volverá.

FÉLIX ¿Pero si le he visto esta mañana, á lo lejos por la calle de Atocha?

D. RAF. ¿Está en Madrid? ¡Imposible, hubiera venido á vernos!

ESCENA VII

DICHOS y DON MIGUEL, por el foro derecha

MIG. (Entrando.) ¡Salud y hambre... y pesetas para satisfacerla!

MAR. ¡Miguel, hablábamos de ti!

D. RAF. ¿Tú, en la capital?

MIG. Sí, señor; de capitalista por algún tiempo...

FÉLIX (Dándole la mano.) Eso siempre; ¿como está usted, Miguel?...

MIG. ¡Magnífico! ¡A Dios gracias y á mi señor sudor!

MAR. ¿Por qué no has venido antes?

MIG. Pues porque llegué hoy de San Sebastián.

FÉLIX ¿Muy concurrida la playa?

MIG. Lo estuvo, sí; hoy no quedan sino las casetas sin bañistas, y yo prefiero las bañistas sin caseta.

MAR. ¡Ah, tunante, cuanto más viejo!...

MIG. ¡Más alegre, como el vinillo de mi tierra! ¿Y qué hay de nuevo?

D. RAF. Eso se te puede preguntar á ti, que lo sabes todo, ¿qué pasa por el mundo?

MIG. (Con certeza.) Todavía no pasa nada, pero va á pasar... ¿Qué sabéis de Enrique?

D. RAF. Lo que tú, nada de nuevo, desde hace un año.

MIG. ¡Ah, pues yo sé mucho más!

D. RAF. / MAR. ¿Qué?

FAC. / FÉLIX ¿Qué?

MIG. Yo he sabido...

MAR. ¿Qué has sabido?

D. RAF. ¿Qué es ello?

MIG. Calma, calma. Que pensaba volver á España.

D. RAF. Sí...

MIG. Y después, que llegó á Barcelona...

MAR. Pero es verdad eso...

MIG. Y que llegará á Madrid.

MAR. (Adivinando da un grito y corre hacia el foro derecha.) Ay...

ESCENA VIII

DICHOS, ENRIQUE y RAFAELÍN, niño de seis años

ENR. (Suelta al niño que trae de la mano y deja sobre un mueble su cabás y un paquete.) ¡Mamá, mamá de mi alma!

MIG. ¡Ahí le tienen!

D. RAF. ¡Hijo mío!

FÉLIX ¡Enrique!

ENR. (Abrazado á sus padres, en el centro de la escena, un poco en segundo término. Facundo, Félix y Miguel á la izquierda, primer término.) ¿Qué hay, mis queridos viejecitos? ¿Os habéis acordado mucho de mí?

D. RAF. ¡Mucho, mucho!

MIG. (Cogiendo al niño.) Venga usted acá, mi amigo. (A Félix.) ¿Eh, qué le parece? Esta es la gran obra. Un chico que vale lo menos dos. ¡Mire usted qué planta! Digame si no es digno de exhibirse y de que griten ¡¡el autor, el autor!!

RAF Yo no me llamo así, yo soy Rafaelín...

MIG ¡Tú eres un barbián, digno sobrino de tu tío!

FAC. ¡¡Abuelo!!

MIG. ¡¡Tío!! ¡¡Yo no soy abuelo de nadie!!

ENR. Bueno, bueno, no me dediquéis todo á mi... besad al nieto... que viene en busca de su madre.

D. RAF. En mí tendrá todo... hasta niñera... (Cogiéndole.)

RAF. ¿Tú eres mi abuelito?

D. RAF. Sí, y tu esclavo, monín...

MAR. (Cogiéndole.) Yo también soy tu abuelita. ¡Qué lindo es! (A Enrique.) ¡Tiene tus ojos!

ENR. Félix. (Abrazándole.) Perdona, chico, la emoción me había impedido verte.

FÉLIX No tengo nada que perdonarte, Enrique. ¡Qué alegría nos das!

ENR. Hola, don Facundo, ¿cómo andamos?

FAC. Ya lo ves, como siempre, torcido.

ENR. ¿Y Soledad, dónde está Soledad?

D. RAF. Salió ya; no tardará en volver. Pero cuéntanos que has hecho...

MAR. Estás más moreno, más gordo.

ENR. Y más viejo; pero por fuera, nada más que por fuera. Pues viajar, hacerme una fortuna, y dejarme de literaturas que á nada práctico conducen...

FÉLIX ¿Vienes á quedarte?...

ENR. ¡Por supuesto! ¡Pocas ganas que tenía yo de mi casa y de mi España! ¡Cualquiera me saca ahora de ellas! Estoy cansado de correr mundos, quiero un poquito de tranquilidad y de paz. Pienso emprender aquí un gran negocio.

FAC. ¿Necesitas un secretario? Anda, cuenta, qué negocio es.

ENR. Prefiero contároslo en el comedor. ¡Traigo un apetito voraz!

MIG. ¿Eh? ¿Qué tal mi discípulo? No puede negar que lo es: ¡ya tiene hambre y buen humor!

D. RAF. Pero, sin Soledad, no podemos comer.

MIG. ¡Que se fastidie Soledad! Debió haber adivinado que llegaba Enrique y esperarle... No hacerme quedar mal, yo escribiendo cartas á éste, hablándole de un idilio de amor, y la bella enamorada no se deja encontrar. Vamos al comedor...

MAR. Bueno, vamos; mientras se ordena la comida, ya vendrá Soledad.

ENR. (Mutis al comedor con su madre.) Y qué bien me va á saber. La comida de mi casa, mía, mía.

FAC. (Mutis al comedor, á Félix.) ¿Lo ve usted? ¡Un delicioso burgués!

D. RAF. (Mutis al comedor, con Miguel.) ¡Qué contento estoy, Miguelito!

MIG. ¡Y yo! Es mi triunfo. Maura no es nadie. ¡Me siento un César! (Mutis.)

ESCENA X

SOLEDAD, que entra por el foro derecha, muy de prisa

La puerta abierta, y dice el portero que hay gente de fuera... ¿Quién podrá ser? Don Miguel sin duda. Están comiendo, no creí retrasarme tanto. (Va al espejo que estará hacia la izquierda en el fondo.) Me quitaré el sombrero aquí mismo. ¡Qué desencajada estoy! Hoy ha sido día de emociones.

ESCENA XI

SOLEDAD y ENRIQUE que entra hablando

ENR. ¿Dónde estarán esos retratos? (Se dirige á la mesa donde dejó el cabás y repara en Soledad.) Ah... (Va de puntillas y le toca ligeramente en el hombro.)

SOL. (Le ve venir por el espejo y se vuelve cayendo, medio desvanecida, en sus brazos.) ¡Dios!... ¡ay!... ¡ay... no, no es cierto!

ENR. Soledad, Soledad... ¿qué tienes? Si soy yo... Enrique, ¿no me esperabas?

SOL. ¡Dios mío, Dios mío!

ENR. No llores, ven, siéntate aquí, es la felicidad que llega.

SOL. (Serenándose.) ¡Enrique! Qué gusto me da verte. ¿Vienes bueno?

ENR. Aunque viniera malo me hubiera curado mirándote. ¡Qué hermosa estás! Pero tienes en los ojos una gran tristeza...

SOL. ¿Tristeza, yo? Ni siquiera me acuerdo de si alguna vez estuve triste... es tan grande la alegría de verte que ya no vivo sino para ella! ¡Has permanecido lejos tanto tiempo!

ENR. ¡Tienes razón, tanto tiempo!

SOL. Pero, ¿cuándo has llegado, de dónde vienes, qué has hecho?

ENR. Me abrumas á preguntas. Pues... viajar... trabajar... vivir... gozar algo... sufrir mucho... recordarte á todas horas...

SOL. ¿Y tu hijo?

ENR. Ahí está, ya le verás. El pobrecito viene en busca de una madre. ¿La encontrará?

SOL. (Después de una pausa, dando otro giro á la conversación.) ¿Te quedarás mucho tiempo, verdad?

ENR. Si me quieren...

SOL. Aquí te queremos todos...

ENR. ¿Tú también?

SOL. ¿Yo? ¿Lo has dudado alguna vez?

ENR. Podría dudarlo; antes, apenas me hablabas...

SOL. Eras tú quien no parecía advertir mi presencia; tus libros te robaban todo el tiempo. Estabas constantemente malhumorado, nervioso. No sabes cuantas veces sentí deseos de consolarte, de ayudarte á trabajar en esos momentos en que tu mano se cansaba de escribir tus ideas. Eras tan esquivo. La misma noche de tu drama, cuando decidiste el viaje, quise gritarte mis palabras de consuelo, sentí impulsos de pedirte...

ENR. ¿Qué? (Con energía.)

SOL. (Titubeaando, un poco cortada.) Que... que te quedaras, á haber tenido algún derecho sobre tí. Pero tuve miedo... Siempre has estado tan lejos de mí, mientras yo te sentía tan cerca... (Arrepentida de lo que ha dicho.) Pero tú venías por algo, te esperarán...

ENR. Venía por unos retratos; pero déjalo, ya los llevaré.

SOL. Es que...

ENR. Háblame, háblame; me hace falta escucharte... dime tus quejas, todas, las merezco.

SOL. ¡De qué puedo quejarme, si quiero olvidarlo todo!

ENR. ¿Cuéntame tu vida, qué has pensado, qué novedades han ocurrido?

SOL. Novedados... una tan sólo y muy triste; la pobre ama...

ENR. Murió, sí; lo supe...

SOL. Figúrate mi dolor. Este último año he estado aún más triste. Ella era la única que oía mis confidencias, mis ansias, la sola persona en esta casa que me consolaba...

ENR. ¿Consolarte de qué?

SOL. De... de mis inquietudes inexplicables, del fastidio de los pretendientes que me asediaban...

ENR. ¿Hola, has tenido muchos pretendientes?

SOL. ¡Rechazados!

ENR. ¿Y por qué?...

SOL. ¡Ah! ¿tú también vienes preguntándole por qué al corazón?

ENR. ¿Qué quieres decir, Soledad?

SOL. Quiero decir que no me gustaban, que no

los quería. Yo no puedo amar si no lo lejano.. lo imposible...

ENR. Y si lo lejano se acercara un día... (Pausa.) ¿Por qué callas? ¿No ves cómo estás triste?

SOL. No; si siento una alegría muy grande, muy grande; si me parece que no te hubieras marchado nunca de aquí; que ayer, hoy mismo, hemos salido juntos; que hace mucho tiempo que charlamos como buenos amigos, como íntimos... Tu presencia ha venido á traerme calor; yo no sé como explicarlo, siento que la vida corre por mis venas en una carrera desenfrenada y loca, y tengo ansias de gritar y de saltar como una chica. Tanto tiempo recordando aquel Enrique retraído y hosco, y hoy me lo encuentro, comunicativo, casi locuaz. Eres bueno, lo fuiste siempre; pero ahora eres aún mejor, mucho mejor de lo que yo te deseaba ver. ¡Has cambiado tanto!

ENR. Siete años, Soledad, son mucho tiempo; en siete años se cambia y se renueva todo lo creado; en siete años se pueden sentir muchas cosas...

SOL. ¡Siete años! ¡Qué ingrato has sido!

ENR. Ingrato no, ciego...

SOL. ¿Por qué?

ENR. ¡Porque no veía en tu corazón! ¡Porque no sabía que tú me quisieras tanto!

SOL. ¡Enrique!

ENR. Escúchame, escúchame: lejos, cuando comencé á vivir y á sufrir... una ansia loca de amar me roía el pecho, y ese amor pareció llegar, pero no llegó nunca. Te he visto en todas las puestas de sol y en todas las noches de luna, y he querido buscar tu voz en las voces secretas de la naturaleza. Bajo otros cielos soñé en tus ojos contemplando los astros y en tus labios aspirando las flores. He comparado tantas veces los cuidados ajenos con los tuyos, he recordado tus tristezas, tus solicitudes, tus bondades infinitas para conmigo, y como la vida me abrió los ojos mientras miraba el presente, pude ver tam-

bién el pasado. Comprendí que me habías amado... y te he amado yo también por todo lo que había dejado de amarte.

SOL. ¡Enrique, me das miedo, me da miedo tanta felicidad, así de golpe...!

ENR. Calla, calla, si me vas á hacer muy dichoso, mucho. No sabes la falta que me hace un cariño, una compañera como tú. No sabes qué harto estoy de mi soledad; no sabes lo triste de mi vida durante este último año. Cuando volvía á casa, por las tardes, cansado del trabajo, no tener unos brazos amantes que me recibieran... ¡Mi hogar, que no era hogar! Casa de soltero, sin orden, sin la paz y el bienestar que le da la mujer! El pobre Rafaelín sin madre, al cuidado de una aya, separado de mí todo el día. Y luego mis noches, qué frías, qué interminables en la alcoba solitaria como la de una cárcel. ¡Oh, como he pensado en ti! Te necesito, Soledad, tú eres buena, hacendosa, me quieres, conoces mi carácter; tú podrás cuidarme, yo envejezco pronto... Serás una buena madre para mi hijo. Sólo por ti he venido. Serás rica, serás la reina de mi casa y la aliada de este pobre trabajador. Tengo tantos proyectos... ya te los contaré. Ahora vamos, le diremos á mamá nuestra resolución, verás qué gusto va á tener.

SOL. (Que durante el parlamento de Enrique habrá expresado con el gesto todo su desencanto.) No; no le digas nada... no se lo digas á nadie... yo procuraré olvidar que me lo has dicho... ¡Ya ves por qué temía tanta felicidad!

ENR. ¿Cómo, por qué?

SOL. Porque vienes descaminado; porque te engañas, porque me engañaste á mí también con tus palabras... Al principio cuando hablaste con fuego, creí que me amabas...

ENR. ¿No lo crees?

SOL. No; ha sido una declaración de literatura, de novela, rezagos de tus otros tiempos. Luego, poco á poco, la verdad asomó á tus labios, habló el sentido práctico. ¡Tú no me amas!

ENR. ¿Dudas de mí? ¿Qué pruebas quieres?

SOL. Ninguna, tengo las que nunca hubiera querido tener.

ENR. Soledad de mi alma...

SOL. Sss, sss, no te pongas en trágico, en comediante; todos sabéis hablar así, cuando quereis seducir; pero tú dijiste demasiado y te has hecho traición. «Te necesito, Soledad, porque estoy solo, porque conoces mi carácter.» He ahí todo tu deseo. Quieres una ama de gobierno, ¿no es eso? ¿Una aya para tu hijo? Esa no soy yo.

ENR. Soledad, escucha...

SOL. (Muy nerviosa, pero sin gritar.) No, no, no; no hables más, te lo suplico. Me hace daño oirte. Ha sido un golpe violento, como una puñalada. Amé al poeta... y vienes en hombre práctico, en burgués; todo es negocio para ti, hasta el matrimonio.

ENR. ¿Es qué me ofendes?...

SOL. ¿No me has ofendido tú hace un momento? Cuando has sabido que te amaba, al sentirte solo, has venido á mí porque te convengo. Yo te quise sin saber si me convenías. Ya ves que diferencia. ¡Tú buscas en mí una comodidad, yo busqué en ti un amor, no podemos unir estos dos egoísmos: el egoísmo noble de mi pasión, con el egoísmo de la comodidad!

ENR. Pero...

SOL No insistas. Tendría celos del pasado remordimiento de haberte querido... No, no, no, por Dios, eso nunca, déjame, déjame...

ENR. ¿Es decir que debo marcharme?

SOL. No lo sé; debes buscar una mujer que te convenga, aunque te quiera menos que yo; acaso yo te quiera demasiado para convenirte.

ESCENA XI

DICHOS y DON MIGUEL

MIG. (Saliendo.) Pero quieres venir con esos dichosos retratos... ¡Hola; patapúm, cogidos!...

ENR. ¡Tío!

MIG. Nada, nada; si ya me lo imaginaba, ya te lo pronostiqué yo. Ahora á quererla mucho, á ser felices, ya tienes lo mejor que se puede tener en el mundo, tienes vida y amor!... Pero... ¿es qué no me escuchais, qué pasa?

ENR. Que nos hemos equivocado; que Soledad me rechaza; que ese gran amor que usted me pintó en sus cartas, no era...

SOL. Era mucho, era todo. Pero hay algo más grande que el amor cuando el amor es grande: La dignidad del mismo amor.

ENR. ¿Lo entiende usted?

SOL. Me entiendo yo, y basta. No seré nunca tu mujer.

MIG. ¿Pero, Soledad, que es lo que te ha hecho cambiar, pero estáis locos?

SOL. Yo no he cambiado. Es el hombre práctico que habló de sus comodidades, en vez de hablar de su cariño!

MIG. Mira, vete al comedor. Yo no los he dejado venir, porque adivinaba algo. Quiero explicarme con Soledad...

ENR. Sí, me voy... Y me iré después más lejos. (Mutis.)

ESCENA ULTIMA

SOLEDAD y DON MIGUEL

MIG. ¿Quieres contarme que ha ocurrido?

SOL. Nada; que sus palabras me han dicho su intención; que Enrique viene al amor como á un descanso, mientras yo iba á él como á una gran actividad, para amarnos con to-

das las potencias del espíritu. Que me ha hablado de su viudez, que me ha ofrecido nombre y mano, lo que tengo, sin amor, que era lo único que ambicionaba de él.

MIG. Pero él te quiere, me consta; y tú debes casarte; te vas á quedar sola, triste...

SOL. Más tristeza me espera si me caso. No, no, ni con él, ni con nadie. No he de poner una realidad odiosa en lugar de mi sueño. Quiero olvidarme de que Enrique me ha hecho despertar.

MIG. Pues despierta; por soñar olvidas tu conveniencia, tu misión de mujer.

SOL. Mi misión es ser fiel á mí misma antes que á nadie. Hubiera aceptado su cariño como un regalo, hasta como una limosna; como una conveniencia, no. Si esperé tanto tiempo, quiero figurarme que espero aún. Enrique, mi Enrique, el que yo me forjé, no ha vuelto todavía.

MIG. ¿Pero es que va á tener razón don Facundo?

SOL Sí; qué duda cabe, él y todos tenemos razón, y sobre todos el destino. Y yo acepto el mío, que es soñar... soñar sin esperanza, sin vida y sin amor. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 22—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 64 á 66)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID